ROMANCE TERCERO.

LA GUERRA Y LAS BODAS.

La luz del siguiente dia
Halló á los hijos de Chalco,
De armas y escudos provistos,
Sus trincheras coronando.

Salieron de asilo en busca
A los pueblos inmediatos
Y en confusion, los enfermos,
Niños, mujeres, ancianos.

Y cuando anochece, tornan
Con apresurado paso
Los *quimichtin* ó ratones,
Espías que disfrazados

Observan los movimientos
Y número del contrario,
De que á la ciudad se acerca
Aviso certero dando.

No el cielo el alba teñía
Con sus arreboles claros
Cuando, á la vista, en el monte
Los de Texcuco hacen alto;

Y al mismo tiempo se advierte
Que con hostil aparato
Naves infinitas cubren
La superficie del lago.

Al llegar Matlalcihuátzin
A Texcuco y al palacio,
Halló en inquietud profunda
Al pueblo y los soberanos.

Sin detenerse á esplicarles

Su proceder, demudado
El rostro y en él visibles
La cólera y el espanto,

Les grita: "¡Guerra sin tregua
Ni compasion al tirano!
Las víctimas, pueblo y reyes,
Esto os dicen por mis labios.

"Sus cadáveres alumbran,
Puesta la tea en las manos,
El trono de su verdugo
Y nuestro comun agravio.

"Yo le ofrecí que por ellos
Los tres pueblos aliados
Presto irian, y él lo duda;
Cumplid mi palabra y vamos!"

Atónitos los tres reyes
Con tal discurso quedaron,
Y en vano Nezahualcóyotl
Quiso reprimir el llanto;

Mas, reponiéndose luego,
Tendió la diestra en el acto
A Totoquihuátzin triste
Y á Moctezuma asombrado.

Un relámpago de ira,
Fiel compañero del rayo,
De los tres brilló en los ojos
Y á un tiempo los tres clamaron:

"¡A castigar su martirio!
¡Sin dilacion á vengarlos!"
Y la nobleza y el pueblo
A una voz responden: "¡Vamos!"

En poder y artes de guerra
Como el primero y más sabio,
De la resuelta campaña
Tuvo Moctezuma el mando.

Dispuso que el no vencido
Ejército texcucano,
Con su rey á la cabeza,
Por tierra atacase á Chalco;

Y él, de México y Tacuba
Con los combatientes bravos
Y llevando al animoso
Totoquihuátzin al lado,

En innumerables botes

Que al punto listos quedaron,
Ir por el agua y á un tiempo
Dar irresistible asalto.

Saliendo el sol encendido
Por el Oriente lejano,
Nezahualcóyotl revista
Pasó á los fieles soldados.

En compañías formóles,
A cada cual señalando
Rico estandarte diverso,
Gefe aguerrido y bizarro.

Cual campo de trigo ondean,
De la brisa á los halagos,
Con primorosos matices
Las plumas de los penachos.

Brillan las astas de cobre
De las picas y los dardos,
Y ya impaciente el hondero
Coloca en la cuerda el canto.

El rey, subiendo á la cima
De no distante collado,

Sonoro atambor golpea
De su espada con el mango;

Y esta señal no bien oyen
Todos los guerreros, cuando,
Tal como represas aguas
Si el dique á romper llegaron,

Con alaridos siniestros
Se precipitan al llano,
Hasta chocar contra el muro
De los parapetos altos.

Lanzan y reciben flechas,
Hieren y matan, y, al cabo,
Sus propios muertos y heridos
Haciendo servir de andamio,

Aparece en la trinchera
Ajoquentzin temerario,
Hijo del rey, que ha ofrecido
Vengar á sus dos hermanos.

Nezahualcóyotl que asiste
A la lid y mira el daño
Que tomar, tras rudo esfuerzo,
Un solo punto ha causado,

Manda replegar sus tropas
A más de quinientos pasos;
El grueso dellas oculta
Entre quiebras y arbolados,

Y hace que algunos dispersos,
Armas y escudo arrojando,
Corran por distintos rumbos
Con apariencias de espanto.

Creyéndose vencedores,
Del muro, poco avisados,
Salieron los enemigos
En gran desórden al campo.

Quiso el mismo Toteótzin
Gozar con el espectáculo
De la atroz carnicería
Que iba á hacerse en los contrarios;

Y avanza en régia litera
Que llevan mancebos cuatro,
Y ordena que á los vencidos
Se persiga sin descanso.

En el momento oportuno
Y en ancho sitio escampado,
Cayóles Nezahualcóyotl

Como á su presa el milano.

Recia fué la nueva lucha,
Silban la piedra y el dardo,
Chocan escudos y picas,
Suena la maza en los cascos.

El aterrador miquáhuitl,
De trozos de itztli erizado,
De la cabeza á las plantas
Hiende á los hombres de un tajo.

De su torpeza inaudita
El triste efecto palpando,
Volver á sus parapetos
Quieren, al fin, los de Chalco.

Mas ya coronan el muro,
Despues de haber arrollado
A las huestes defensoras
De las orillas del lago,

Los de México y Tacuba,
Y al acercarse acosados
Aquellos indios, reciben
Lluvia de flechas y cantos.

Como en remolino un punto

Al pié del muro vagaron;
Y, al ver que al frente y la espalda
Tienen al mismo adversario,

La serie quizá recuerdan
De los funestos presagios,
Juzgan la defensa inútil,
Ceden, tal vez, al cansancio:

Lo cierto es que allí se rinden
Al vencedor inhumano,
Y este, segun la costumbre,
Entró la ciudad á saco.

En la espesura del bosque
El tiranuelo entretanto,
Presa de hondísima angustia,
Trata de ocultarse en vano.

Volviendo para Texcuco
Ajoquentzin que, guiado
Por la princesa, los cuerpos
Entró á sacar del palacio,

Y los conduce en tapextles
En hombros de los esclavos,